

PROBLEMAS DE LA TRADUCCIÓN EN LOS SIGLOS XVI Y XVII: SOLUCIONES Y TEORÍAS DE CHARLES SOREL

M^a Soledad ARREDONDO
Universidad Complutense

Es sabido que la traducción en los siglos XVI y XVII es una práctica literaria poco rigurosa, sujeta a modas, a la falta de escrúpulos de quienes la realizaban, a equívocos e interferencias con lo que hoy consideramos adaptaciones e imitaciones, e incluso a circunstancias fortuitas en las que se mezclan criterios de oportunidad y cuestiones políticas.¹ Al criterio de oportunidad cabe achacar, por ejemplo, el que se tradujeran al francés en 1621, a poco de publicarse en España, las *Novelas Morales* de Diego de Ágreda y Vargas,² que se presentaron hábilmente en Francia como continuación de las *Ejemplares* cervantinas; y a cuestiones políticas ha de atribuirse el que no se conozca traducción española de época del *Heptámeron* de la reina de Navarra, hermana de un rey francés enemigo declarado de España y harto sospechosa de heterodoxia religiosa, por si aquello no bastara.

Pero es que, además de las circunstancias que rodean la aparición o no de las traducciones, el estudio de las mismas a ambos lados de los Pirineos³ revela problemas varios relacionados con la propia tarea y con los personajes que la llevaban a

(1) Ver para ello Christian Péligrý, "L'accueil réservé au livre espagnol par les traducteurs parisiens dans la première moitié du XVII^e siècle (1598-1661)" *Mélanges de la Casa de Velázquez* XI (1975), pp. 163-176.

(2) Sobre este oscuro escritor, ver mi artículo "Novela corta, ejemplar y moral: las *Novelas Morales de Ágreda y Vargas*" *Criticón* 46 (1989), pp. 77-94. Para Ágreda como traductor, ver Antonio Cruz Casado, "Diego de Ágreda y Vargas traductor de Aquiles Tacio (1617)" en *Actas del VI Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, Granada, Universidad-SELGYC, 1989, pp. 285-292.

(3) Ver para estas cuestiones Alexandre Cioranescu, *Le masque et le visage*, Ginebra, Droz, 1983, pp. 175-182.

cabo. Esos problemas se reflejan en opiniones desperdigadas en textos de la época, rara vez sistematizadas, pero curiosamente semejantes en algunos puntos. En primer lugar, traductores profesionales, o escritores que han practicado la traducción, o un escritor con visos de erudito, como Charles Sorel, coinciden todos en manifestar que la traducción pone de relieve los valores y riquezas de la lengua propia. Así Antoine Le Maçon, en el prólogo a su traducción del *Decameron* de Boccaccio dedicada a la reina Margarita de Navarra, dice de la lengua francesa:

“estant la nostre devenue si riche et si copieuse, depuis l'avènement à la couronne du Roy vostre frere, qu'on n'a jamais escrit aucune chose en autres langues, qui ne se puisse bien dire en ceste cy”.⁴

Fray Luis de León, en su dedicatoria a don Pedro Portocarrero, afirma de su trabajo como traductor al castellano de las *Églogas* de Virgilio y del *Cantar de los Cantares*:

“Al cual yo me incliné sólo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar”.⁵

Charles Sorel en su *Bibliothèque Française* (1664-1667), una obra de erudición e incipiente crítica literaria, afirma al comienzo del “Avant discours”:

“Nostre langue s'est trouvée si propre à exprimer toute sorte de pensées qu'il n'y a point de sujets ou elle n'ait esté employée heureusement. On a traduit en françois les livres hébreux, les livres grecs et les latins, et ceux des autres langues”.⁶

Y más adelante, en un capítulo dedicado específicamente a las *Traductions de livres grecs, latins, italiens et espagnols en françois* declara:

“Il est certain que les auteurs anciens et les auteurs estrangers n'ont tenté aucune sorte d'ou-

(4) Cit. por Yves Le Hir en su ed. de Marguerite de Navarre, *Nouvelles*, Paris, PUF, 1967, p. 365.

(5) *Poesías*, ed. padre Ángel Custodio, Barcelona, Planeta, 1976, p. 7. En adelante citaré *Poesías* en el cuerpo del texto.

(6) Cito por la edición de Myron Low Kocher, Ph. Dissertation, University of Carolina at Chapel Hill, 1965, I, p. 101. En adelante, *B.F.*

vrages dont les François ne soient rendus capables, soit par pure invention, soit par imitation" (B.F., II, p. 378).

En segundo lugar, los mismos autores afirman rotundamente que la traducción es una labor ardua. Juan de Valdés razona así esa dificultad en el *Diálogo de la lengua*:

"Y aun porque cada lengua tiene sus vocablos propios, y sus propias maneras de dezir, ay tanta dificultad en el traduzir bien de una lengua en otra; lo qual yo no atribuyo a la abundancia de aquella de que se traduze; y assi unas cosas se dizen en una lengua bien, y en la mesma otra ay otras que se digan mejor que en otra ninguna".⁷

Y Fray Luis parece considerar en menos sus "obrecillas" poéticas, que sus traducciones:

"De lo que yo compuse juzgará cada uno a su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña en la suya sin añadir ni quitar sentencias, y guardar quanto es posible las figuras de su original y su donaire y hacer que hablen en castellano, y no como estrangeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. Lo cual no digo que he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo pretendido hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí y entonces podrá ser que estime mi trabajo en más". (Poesías, p. 7)

Frente a ambos, que insisten en traducir bien, el uno, y en no quitar ni poner sentencias, el otro, Ambrosio de Salazar, profesor de español en Francia y autor de libritos utilitarios destinados a los franceses que estudian español, se manifiesta de parecida manera en sus *Clavelinas de recreación* (1614), cuando enaltece su doble labor, de antólogo y de traductor:

"Hay algunos que dicen: lo que ha hecho fulano es poca cosa, no es de su invención, lo ha sacado de otros libros: a esto yo quiero responder que nadie nació enseñado... Yo te ruego recibir esta obrecilla, y

(7) *Diálogo de la lengua*, ed. Cristina Barbolani, Madrid, Cátedra, 1984, p. 226. Citado como D.L. en el cuerpo del texto.

leerla, y dar primero las gracias al primer inventor, y después a mí que te di ocasión de verla".⁸

Y añade al final de la obra: "que yo he tomado más trabajo de traducirlo y juntar las historias que si lo hubiera compues-to". (C.R., p. 337)

Estas tres citas revelan un encarecimiento de la labor traductora; pero también nos informan de un cierto enfrentamiento entre tarea de creación y de traducción, así como del recelo de los propios traductores ante la acogida de la obra. Con respecto a la valoración de su trabajo, los traductores parecen buscar el agradecimiento del público al que brindan las obras, porque, gracias a ellos, éstas le resultan asequibles. Así Cristobál Suárez de Figueroa, en el prólogo a una obra titulada *Plaza universal de todas las ciencias y artes*, especie de obra mixta con aire enciclopédico en la que se tratan infinidad de asuntos y oficios en más de cien discursos, afirma la utilidad para los lectores del trabajo que ha realizado, creyéndolo "digno de comunicación... [porque] Trata de todas ciencias y artes, con tanto estudio y generalidad, que podía alentar los ingenios más remissos y hazer filosofar a los de menos elevación".⁹ Parece como si el lector contrajera una deuda con quien le ofrece tal oportunidad, pero es que, además, Suárez ha "mejorado" el libro, costumbre inverterada en la época; y lo hace, según dice, porque algunas cosas no eran "bien corrientes en nuestro vulgar. Estas no puse eligida la traducción, y añadí otras donde me pareció convenia"; de manera que "Publicase pues aora traducido, cercenado y añadido". Así, el traductor se ha ganado el subtítulo de su obra, que dice: *Parte traducida de Toscano y parte compuesta*; y esa "parte compuesta" le elevaría de la categoría de traductor a la de autor o casi, escapando a la ingratitude y falta de consideración, por parte de los literatos, de una tarea que Chapelain, al otro lado, de los Pirineos, consideraba vil:

"Traduire est une chose vile, et la traduction en ceux qui la professent présuppose une bassesse de courage et un ravalement d'esprit".¹⁰

Y explica que él nunca se dedicó a ella más que "pour m'en doyner du plaisir et non pas de la peine" (O.C., p. 50).

(8) Cf. Fernando Copello, "Ambrosio de Salazar: la narración breve en un contexto no hispánico" *Filología* XXII (1987), pp. 149-163. La cita de las *Clavelinas* (en adelante C.R.) en pp. 12-13.

(9) *Plaza universal de todas las ciencias y artes*, Madrid, Luis Sánchez, 1615, Prólogo, s.p. En adelante P.U.

(10) Cito por Jean Chapelain, *Opuscules critiques*, ed. Alfred C. Hunter, Paris, Droz, 1936, p. 48. En el texto O.C.

Bien es verdad que Suárez de Figueroa parece manifestar un enorme desprecio hacia un tipo determinado de autores, los poetas, a los que en el mismo texto califica de ignorantes, en un fragmento muy duro que no puedo dejar de citar: "Los Poetas que se usan hoy, a quien solo nombrar se me erizan los cabellos. Son estos cierta generación (si no canalla) tan presumida como ignorante, tan mordaz contra doctos, como falta de suficiencia y espíritu en toda suerte de operación". (Prólogo, s.p.). Comparado con esa "canalla", un traductor es, sin duda, un personaje docto, que sabe de lenguas. Y Suárez les dedica en su *Plaza universal* el discurso XLVI, titulado "De los Profesores de lenguas y en particular de Interpretes, Traductores y Comentaradores de toda suerte", donde afirma hiperbólicamente que los profesores de lenguas son "semejantes a los Angeles, que tienen noticia y conocimiento de todas, ofreciendo los mismos a Dios las oraciones y ruegos de todos los fieles" (*P.U.*, f. 208 rto.), enumerando a continuación grandes personajes expertos en lenguas, pero casi todas clásicas.

Esta distinción entre traductores de lenguas clásicas y de lenguas modernas sí que parece relevante a la hora de valorar la labor traductora en los siglos XVI y XVII, mucho más apreciada cuando parte de originales griegos y latinos que cuando lo hace de lenguas vivas. Sorel afirma, por ejemplo, que de los segundos, traductores de lenguas modernas, "y a t'on peu de recours aujour'd'huy que tant de gens sçavent les langues estrangeres et veulent voir chaque autheur en sa prope langue" (*B.F.*, II, p. 384); y concretamente la moda de aprender español aparece reflejada en una de sus *Nouvelles Choisies* (1645), titulada *Les mariages mal assortis*, donde la protagonista provoca los celos de su marido por medio de su profesor de español.

Es el propio Sorel, que tantos datos proporciona en sus obras acerca de la escasa consideración social del literato, quien se apiada de las malas condiciones en que trabajan los traductores, siempre acuciados por los libreros y por las necesidades económicas, y, a modo de disculpa, dice que "le sieur Baudouin, n'estant pas fort accomodé des biens de fortune et estant contraint de travailler pour les libraires, qui ne le recompensoiert gueres quelquefois, il ne faut pas s'estonner s'il s'est exempté d'une peine inutile quand il l'a pu faire" (*B.F.*, II, p. 385).

Sin embargo, pese a las reticencias y a los trucos del oficio, todas las voces que hemos ido oyendo opinan que la traducción es una tarea excelsa si se realiza bien. El problema es saber cómo ha de llevarse a cabo, cuáles son las regias, las dotes necesarias y los principios o métodos que es preciso aplicar. Llegados a este punto hemos de confesar que se quiebra la una-

nimidad que hasta ahora habíamos percibido a ambos lados de los Pirineos. Los autores y los propios traductores son capaces de criticar y de valorar un resultado, pero resultan ambiguos y poco precisos a la hora de establecer métodos. Así, Suárez de Figueroa, en un discurso en que parece iba a ocuparse de la cuestión, se limita a dar una definición: los traductores, según San Jerónimo, son los que “buelven o palabra por palabra o solo el sentido”; y, después de remontarse tan lejos, sólo encontramos unas orientaciones muy generales:

“Para el acierto de las traducciones sería menester heredasse el Traductor (siendo posible) hasta las ideas y espíritu del Autor que traduze. Sobre todo se ha de poner cuidado en la elección de las palabras, buscando las frases propias, que tengan mayor energía y parentesco con las estrañas, porque la alteza y enfasi de los concetos no se deslustre, y pierda mucho de su decoro. Pocos supieron acudir a esta obligacion, supuesto les parecia cumplian solo con darse a entender de cualquier modo que fuesse. Assi por este descuido (no se si diga incapacidad) sacaron a luz traduciones tan floxas por una parte, y por otra tan duras, que es imposible dexarlas de poner debajo los pies, con particular menoscabo de sus dueños”. (P.U., f. 208 rto.)

A continuación se lamenta de que Ariosto, Tasso y Virgilio hayan sido tan mal traducidos que “los desconocemos y abominamos por la mala interpretación que se hizo dellos. Mas quando los Traductores son fieles, diligentes, claros y doctos en las lenguas de quien traducen, adquieren singular honra y reputación” (P.U., f. 208 rto.). Y añade, con la mordacidad que le caracteriza, que “lo que no se puede sufrir es que se precie de aguilá en la [lengua] extraña quien en la materna apenas puede ser ganso”. (P.U., f. 209 rto.).

También con respecto a las malas traducciones se manifiesta un personaje de Sorel en el *Berger Extravagant* (1627), diciendo que las de Virgilio han perdido “les beautez qu’elles ont en leur propre langage”.¹¹ Y Juan de Valdés parece ser de la misma opinión, cuando afirma que “de los que an romançado he leído poco, porque, como entiendo el latín y el italiano, no curo de ir al romance” (D.L., p. 244). Valdés coincide con Suárez de Figueroa en los riesgos del traductor y en la preparación que necesita: “es grande temeridad de los que se ponen a traduzir

(11) Cito por la edición de Rouen, Jean Osmont, 1646. La cita en libro 13, p. 51.

de una lengua a otra sin ser muy diestros en la una y en la otra" (*D.L.*, p. 226); y apenas profundiza en cuestión de normas, salvo la observación de que es más difícil "... dar buen lustre a una obra traducida de otra qualquier lengua que sea en la castellana, que en otra lengua ninguna... Porque, siendo assí que la mayor parte de la gracia y gentileza de la lengua castellana consiste en hablar por metáforas, atándose el que traduce a no poner más de lo que halla escrito en la lengua de que traduze, tiene grandissima dificultad en dar al castellano la gracia y lustre que escribiendo de su cabeza le daría". (*D.L.*, pp. 246-247).

Estas palabras de Valdés parten de la convicción de que el traductor es fiel y no dice nada más que lo que halla en el texto de partida, insistiendo —además— en términos como "dar lustre" y "gracia", obligación o deseo último del que traduce bien. Ese mismo deseo parece latir en la reina Margarita de Navarra, cuyos personajes declaran en el *Heptámeron* varias veces la dificultad de la labor traductora, y lo hacen siempre que han de partir de la lengua española. Así, por ejemplo, Dagoucin declara, con respecto a la epístola que un caballero castellano envía a su reina:

"si ce n'était le désir que j'ai de la vous faire entendre, je ne l'eusse jamais osé traduire, vous priant de penser, mesdames, que le langage castillan est sans comparaison mieux déclarant cette passion qu'un autre".¹²

Y Parlamente, al referirse a otra epístola, esta vez de una dama de Valencia a su enamorado, también dice que la contará a su auditorio "mal traduite", para añadir, unas páginas más adelante, que no piensa verter al francés un billete del caballero, "trois mots en espagnol, que j'ai trouvés de si bonne substance que je ne les ai voulu traduire pour ne diminuer leur grace" (*H.*, p. 452); y, efectivamente, inserta un pareado con un castellano no muy correcto.

Este doble testimonio del *Heptámeron* completa y confirma esa gracia y lustre del castellano, que le parece a la reina de Navarra la lengua más adecuada para la pasión sentimental. Quizá por ello la autora escogiera ambientes españoles para la localización de dos de sus novelas más apasionadas: la décima, de tono caballeresco, y la vigésimo cuarta, que expresa una fidelidad amorosa exacerbada. Pero, además, las epístolas que acabamos de citar permiten acercarse al problema de la traduc-

(12) Cito por la edición de Simone de Reyff, Paris, Flammarion, 1982, p. 248. En adelante *H.*

ción del verso, mucho más conflictiva sin duda que la de la prosa. Margarita de Navarra, como hemos visto, opta por traducir el verso, aunque sea curándose en salud, cuando se trata de un largo poema; y por conservarlo en su lengua original en el poema breve. Juan de Valdés, pese a su parquedad, no olvida pronunciarse acerca de esta cuestión y alaba una de las traducciones del *De consolatione philophae* de Boecio, especificando: "la que yo os alabo es una que tiene el metro en metro y la prosa en prosa". (D.L., p. 245).

La complejidad de la tarea y lo incierto del resultado están presentes en el *Quijote*, cuando el cura opina, durante el escrutinio de la biblioteca del hidalgo manchego, que mejor hubiera hecho el capitán Jerónimo de Urrea si no hubiera traducido el *Orlando Furioso* de Ariosto: "que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libro de verso quisieren volver en otra lengua: que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento".¹³

Todo ello nos lleva a la posibilidad de traducir el verso en prosa, que es la alternativa que parece defender Sorel, basándose en que ya es bastante difícil traducir la prosa, cuanto más la poesía, "qui est assujettie aux mesures et rimes" (B.F., II, p. 390). Éste es uno de los aspectos en que se detiene el autor en el capítulo sobre las traducciones, y que —unido a los que él llama preceptor para "bien traduire"— configuran, si no una teoría de la traducción, sí al menos una reflexión ponderada, juiciosa y útil.

El primero de esos preceptos y quizás el más ambiguo es el que denomina "garder un milieu judicieux", tan alejado de la traducción literal como de la libertad que desfigure la obra de base.

El segundo se refiere a la conveniencia de conservar palabras en lengua original en las traducciones científicas, cuando el francés no posea la palabra equivalente.

El tercero y quizás más comprometido, por lo que tiene de punto de vista personal, es el que aboga por el empleo de un léxico contemporáneo, siempre que esto no desvirtúe el estilo del texto, porque entonces sería "un grand abus de vouloir tous-jours donner des noms nouveaux aux choses anciennes" (p. 394). Incluso en las traducciones literarias que, frente a las científicas, pretenden sólo agrandar y divertir, hay que tratar de no cometer anacronismos; por lo tanto, se conservarán sin actualizarlos, oficios y profesiones de la antigüedad, nombres propios, unidades monetarias o de medida, así como nombres de objetos específicos de otras culturas o civilizaciones, entre

(13) *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. L. A. Murillo, Madrid, Castalia, 1978, I, pp. 114-115.

los que cita “les affaires des Turcs..., les divan..., le visir, les bassa...” (p. 394). Y recomienda que, para hacer asequible este léxico a los lectores, se introduzcan notas explicativas que permitan su comprensión sin necesidad de despojar al texto del aroma que le es propio.

El cuarto de sus preceptos es una advertencia a los traductores para que no se excedan en los circunloquios, porque si ellos “se licentient de telle maniere qu'ils fassent de continuelles amplifications, ce seront plutost des paraphrases ou des imaginations que des traductions” (p. 398). Y, si bien el traductor goza de libertad para jugar con las cláusulas a su antojo, para escoger las palabras, para cambiar las oraciones aumentándolas o reduciéndolas, corre el riesgo de “tant faire que ceux qui se disent traducteurs ne seroient pour que des imitateurs et ce seroit leur histoire qu'ils mettroient au jour, plutost que celle de quelque ancien roman” (p. 393). Ante la vaguedad que predomina en las declaraciones de otros autores, esta última afirmación de Sorel es una de las más claras de su tiempo y de las primeras en intentar marcar los límites —siempre difusos— entre traducciones, adaptaciones e imitaciones. La prueba de que le interesaba la cuestión y de que había reflexionado¹⁴ sobre ella es su quinta recomendación, dirigida a los lectores para que se informen de la reputación del traductor y para que no se sirvan de las obras de quienes actúan sobre libros ya traducidos, simplificando de este modo su tarea y reproduciendo errores anteriores.

Esta suma de preceptos constituye un claro exponente de las ideas de un autor que afirmaba que “la premiere imitation c'est la traduction” (*B.F.*, p. 378). Él había utilizado en su juventud, sin duda, traducciones de obras españolas para transformar o adaptar aspectos y subgéneros de la prosa narrativa francesa a partir de la española¹⁵ y conocía, por tanto, esa frontera reabaladiza que algunas traducciones sobrepasaban convirtiendo la obra primera en otra muy distinta. Por eso el Sorel maduro de la *Bibliothèque Française*, lector experimentado, a más de novelista y erudito, propugna para las traducciones ese justo medio, que pasa, primero, por la fidelidad; segundo, por el acercamiento del texto al lector contemporáneo, y tercero, por el respeto estilístico, que impide “afrancesar” términos orientales, como los turcos antes citados; pero sobretudo

(14) Ya lo señaló J. P. Leroy, “La Bibliothèque Française de Charles Sorel” *Revue française d'histoire du livre* 24 (1979), pp. 3-24, especialmente p. 24.

(15) Ver para ello mi tesis *Charles Sorel y sus relaciones con la novela española*, Madrid, U. Complutense, 1986. Y el artículo “La evolución de la picaresca en sus formas francesas” en *L'Internationalité littéraire. Actes Noesis II*, 1988, pp. 67-73.

insiste en que la traducción sea tal, es decir, instrumento para conocer la obra de otros y no recreación destinada a otro público distinto, ni tampoco fruto de un autor frustrado incapaz de crear por sí mismo. A este respecto utiliza para hacerse entender una comparación muy clara:

“Quelques-uns disent qu'il y [a] autant de différence d'une traduction a son original que du revers d'une tapisserie au bon endroit”. (p. 391)

Por el contrario, con un criterio muy moderno, que valora una tarea útil y necesaria, nuestro autor piensa en el texto traducido como un objeto vivo, susceptible de mejorarse en versiones sucesivas, como “les divers vestements donnez a un mesme corps, lesquels n'en diminuent point la beauté et la grace” de ese cuerpo original que admite sucesivas vestiduras. Esa posibilidad le parece, a diferencia de lo que creía Chapelain, un verdadero privilegio.